

Cine bonito, cine feo

JORGE
BERLANGA

Desde que las imágenes en movimiento pasaron de ser una curiosa atracción de feria a ser consideradas un medio que podía traducir valores artísticos, en el momento en que algunos intelectuales empezaran (casi por llevar la contraria a la rígida inteligencia oficial de la época) a encontrar hallazgos poéticos en las comedias de Chaplin, irreverencias al lenguaje y a la realidad tangible en las cintas de Meliés, Keaton o del mismo Mack Sennett, la historia del cinematógrafo ha sido un constante conflicto entre los intereses comerciales de la industria y el interés cultural del producto. Los criterios para distinguir las obras maestras de la bazofia han sido tan volubles a través de los tiempos cómo caprichosos los cambios de ideologías, las evoluciones del pensamiento o las variaciones de la estupidez. No deja de ser curioso comprobar cómo obras denostadas antaño son descubiertas más tarde como films de gran categoría, y viceversa, estamos hartos de ver cómo supuestas genialidades encumbradas en su momento, acaban revelándose como pastiches sin ninguna enjundia y, lo que es peor, bastante tediosos. En los Estados Unidos lo tienen claro, vale lo que funciona; y lo que no, se queda como capricho de productores excéntri-

CINE

cos o pequeños borrones para hacer cuentas nuevas. En Europa seguimos teniendo otra forma de ver las cosas, en la agonía absoluta de los últimos valores de una civilización que se extingue, tratando de sostener entre las cenizas las columnas de un estilo y unas referencias que se derrumban por su propio peso y agotamiento, con un afán de conservación que se traduce en el proteccionismo estatal, sin más resultado aparente que apuntalar con debilidad unos cimientos que ya no sostienen nada más que un ampuloso y pretencioso decorado de cartón piedra, tan hermoso como falso, que se desmorona mientras los ministerios culturales tratan de ponerle parches y clavarle escarpas y el público lo observa todo bostezando.

Los criterios para distinguir la obra de calidad de la que no lo es cada

«Los criterios para distinguir la obra de calidad de la que no lo es cada vez son más turbios, líquidos e intangibles.

vez son más turbios, líquidos e intangibles. En algo tan a merced de las variaciones de las costumbres y los gustos, sin reglas que valgan, en el universo blando de las reacciones del espíritu, que la labor de los que deciden cuál es el cine que merece cariño y atención y cuál desprecio e invectivas, es tan absurda como inútil. Al final, puede que tanto los expertos de los organismos estatales, como los críticos especializados, se queden simplemente con el recurso de distinguir entre lo bonito y lo feo, entre lo bueno y lo malo, con la cursilería de nuestros antepasados, buscando poesía donde no hay más que empalagosa versificación, aunque el verdadero cine vaya por otros derroteros.

Señoritas y zopencos

Podemos observar por ejemplo dos películas que últimamente han sido elevadas por la inteligencia dominante a la categoría de obras maestras, "Azul", de Krystof Kieslowsky, y "El piano", de Jane Campion. Las dos, siendo diferentes, tienen muchos puntos en común. En la primera, una mujer, casada con un compositor, esposa y madre feliz, ve cómo cambia su vida radicalmente tras un accidente en el que pierde a su familia. A partir de entonces, como defensa y método de supervivencia, decide eliminar completamente su pasado, borrar todos sus recuerdos y fabricarse un universo nuevo, encerrada en un autismo abismal, hasta que la última composición inconclusa de su difunto, una especie de ópera titulada "Europa", comienza a



introducirse poco a poco en su espíritu, de forma obsesiva, hasta obligarla a darle a la corchea y terminarla, dándose cuenta de su verdadero talento, apagado anteriormente por la sombra del marido. El místico Kieslowsky hace un ejercicio de sensibilidad extrema, con extremado cuidado de la luz y del sonido de la música, para ofrecernos un pastelón impecable no apto para amantes de las emociones gruesas. En la película de la Campion también la música tiene un valor fundamental. Así mismo nos encontramos con una mujer desvalida, sumergida en un universo hostil y desconocido. Por si fuera poco, además no

una escena de la película "El piano" de Jane Campion

«Podemos observar por ejemplo dos películas que últimamente han sido elevadas por la inteligencia dominante a la categoría de obras maestras, "Azul", de Krystof Kieslowsky, y el "El piano", de Jane Campion.»

habla. Estamos en los principios de la colonización de Nueva Zelanda, cuando los colonos solitarios se casaban prácticamente por catálogo. Una señora viene a contraer matrimonio con un hombre que no conoce, acompañada de su hijo. Su único bagaje, a lo único que se aferra como símbolo material de un antiguo sueño de felicidad, es un engorroso para el transporte y pesado piano de cola que se obstina en cuidar como si fuera un pedazo de su alma perdida en alguna parte.

En las dos obras nos encontramos con mujeres afectadas por la

CINE

fragilidad de las emociones, heridas en su interior, ensimismadas en su propio vértigo, todo ello presentado con un esteticismo extremo. Las dos son cine para solaz de almas sensibles, para llevar a la novia o a la señora al cine, para todo ese público afecto a la "Insoportable levedad del ser" o "El perfume", que se deja arrebatar el corazón por los largos planos que brillan como si en ellos se destilase el rocío, pero que para miradas un poco menos dispuestas al arrebato por la buena letra y las intenciones alambicadas, un poco más torpes y acaso más despiertas, acaban en muchos momentos resultando un tostón morrocotudo, aunque tanto Juliette Binoche como Holly Hunter dispongan de esos pañuelos tan supuestamente complicados como agradecidos a los que no dejan de hincarle el diente, exprimiéndolos a fondo, sabiendo de antemano que estas dolorosas interpretaciones sobre la intangible angustia existencial son los que sirven luego para echar mano a la realidad material de los premios académicos.

En cambio, una película a la que cuesta Dios y ayuda llevar a ver a una señorita es "Demolition man", de Marco Brambilla. No creemos que por ahora la crítica llegue a aceptar las virtudes interpretativas de Sylvester Stallone. Él tampoco lo pretende, y se basta con el éxito de taquilla de sus películas para seguir manteniendo su expresión de estulticia y su exhibición muscular. Sin embargo, para un buen observador, el

«Cine feo también, aunque con caché de mensaje, es "En el nombre del padre", de Jim Sheridan, un director irlandés que ha abordado el tema del terrorismo de Estado adaptando el caso real de cuatro hombres que pasaron años en la cárcel acusados injustamente de pertenecer al IRA.»

intérprete de "Rocky", o "Acorralado", es un actor que tiene sus virtudes, entre ellas la de saber reírse de sí mismo y de su mito.

Es la historia de un ex-policía condenado en el año 96 a ser hibernado por su costumbre de arrasar con todo lo que se le pone por delante en el cumplimiento de su deber, al que descongelan en el año 2026 para que de caza a un criminal que se ha recalentado por sí sólo y siembra el terror en un mundo pacífico y "light" en el que están prohibidas las armas, aparte del tabaco, la carne y hasta el colesterol, nos encontramos con la consabida ración de violencia espectacular que

reclaman los seguidores de "Rambo", pero teñida con numerosos toques de ironía y magníficos golpes de humor que llegan a convertir la película, cuando menos, en un interesante ejercicio de comedia sucia dentro de un futurista género de acción. Cine feo también, aunque con caché de mensaje, es "En el nombre del padre", de Jim Sheridan, un director irlandés que ha abordado el tema del terrorismo de Estado adaptando el caso real de cuatro hombres que pasaron años en la cárcel acusados injustamente de pertenecer al IRA. Una película dura y cruda, sin concesiones, que escarba en la llaga de una sociedad sometida a un poder capaz de falsificar pruebas para aliviar su mala conciencia, tapando su fracaso sin reparar en el sacrificio de inocentes. Una obra incómoda que sin embargo ha alcanzado rápidamente el reconocimiento, sobre todo gracias a la excelente interpretación de Daniel Day Lewis.

El mismo actor deja los harapos de presidio para vestirse de gala, aunque sufriendo del encarcelamiento del corazón en "La edad de la Inocencia", una hermosa película marcada por un estilismo de vajilla de porcelana filmada por un director acostumbrado a la suciedad y los bajos fondos como Martin Scorsese, que aunque no rompe un plato, parece que se lava las manos sin conseguir sacar la sustancia a una historia de amores imposibles. Lo que se dice, un precioso aburrimiento. Pero así son las cosas.